



Homilía

Apertura del Curso. Seminario “San Juan de Avila”

Capilla del Seminario, jueves 7 de octubre de 2010

Queridos: Rector y Vicerrector; hermanos en el sacerdocio; Formadores; Profesores;

Queridos seminaristas... Queridas familias, amigos del Seminario y hermanos todos en el Señor:

Yo os he elegido

Hemos escuchado el Evangelio de la Anunciación a María y en él resplandece para nosotros el misterio de la “**llamada**”, de la vocación; misterio que afecta a la vida de todo cristiano, pero que se manifiesta con mayor relieve en los que Cristo invita a dejar todo para seguirlo más de cerca.

El seminarista vive la belleza de la llamada como un momento que podríamos definir de «**enamoramiento**», pero en el cual también se hace sentir el “**desconcierto**”; lo que San Lucas dice de María: que “**se turbó ante aquellas palabras**” (1, 29).

En efecto, vosotros, los que habéis recibido esa invitación al seguimiento, seguro que, en un primer momento, habéis dudado, e incluso habréis tenido ganas de decir que no, Pero a su vez habréis experimentado en ese encuentro personal con el Señor la gracia de sentirse llamado “**por mi nombre**”, lo cual nos hace decir: **Señor, ¿por qué precisamente a mí?** ...

Pero el amor no tiene un «**por qué**»: es un don gratuito al que sólo se puede responder con la entrega de sí mismo: “**héme aquí**”. Con esa entrega respondió María .. y el mismo eco encontró en Pedro, Juan ... Recordemos cómo San Pablo rememora esa experiencia: “**yo sé de quién me he fiado..**”. Es ésta la gran experiencia que día a día tenemos que vivir no sólo en el Seminario, sino a lo largo de toda nuestra vida.

Os he destinado

El tiempo de seminario es un tiempo de discernimiento, pero sobre todo destinado a la **formación** que, como bien sabéis, tiene varias dimensiones que convergen en la unidad de la persona, en su ámbito humano, espiritual y cultural. Su objetivo más profundo es el de poder conocer íntimamente al Dios que en Jesucristo nos ha mostrado su Rostro. El Apóstol lo expresa diciendo:

“conocer el misterio de Dios -esto es Cristo-, en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia” (Col 2,2-3).

Formación que en el momento cultural que estamos viviendo adquiere una gran importancia -como nos advertía Benedicto XVI en su Carta a los jóvenes-: nos enfrentamos a un mundo secularizado y sometido a la dictadura del relativismo. Por esto es necesario un estudio profundo de la Sagrada Escritura a la luz de la fe y de la vida de la Iglesia, en la cual la Escritura permanece como Palabra viva. Y todo enlazado con las preguntas de nuestra razón y, por tanto, en el contexto de la vida humana de hoy.

Este estudio, aunque a veces, pueda parecer arduo y pesado, constituye una parte insustituible de nuestro encuentro con Cristo y de nuestra llamada a anunciarlo. Se configura como un itinerario de madurez humana y de enriquecimiento espiritual.

Para que vayáis

El seminario es también un tiempo de preparación para la **misión**. Es esa inquietud ilusionada la que nos mueve a vivirlo como tiempo de camino, de búsqueda, pero, más que nada, de descubrimiento de Cristo: “.. **conocerle a Él; la fuerza de su resurrección .. y la comunión en sus padecimientos.**” (cf. Filp 3,10).

En efecto, sólo si se tiene un conocimiento experiencial de Cristo (“**sólo tú, Señor, tienes palabras de vida eterna**”) (Jn 6, 68) y una relación personal con Él (“**vosotros sois mis amigos.**”) (cf Jn 15,14) podremos comprender su voluntad y podremos entregarla con fidelidad.

Cuanto más conocemos a Jesús, más nos atrae su misterio; cuanto más lo encontramos, más fuerte es el deseo de buscarlo y de mostrarlo. Es un movimiento del espíritu que dura toda la vida. Por eso, queridos seminaristas, no olvidéis cuando venga la prueba ante la “**vida oculta**” y de estudio en el seminario, que todo está en función de la misión.

Y deis fruto

Y después del largo y necesario itinerario formativo, seréis enviados (D. M.) para ser los ministros de Cristo; cada uno de vosotros volverá entre la gente como “**alter Christus**”. Y, consagrados por el Espíritu Santo, iniciaréis vuestra misión.

Recordad entonces que no hemos sido nosotros los que lo hemos elegido a Él, sino que “**Él nos ha elegido a nosotros**” (cf. Jn 15,16). ¡He aquí el secreto y la fuerza de nuestra vocación y de nuestra misión! . Especialmente, recordad siempre sus palabras a los Apóstoles en aquella Cena memorable: «**Permaneced en mi amor**» (Jn 15,9). Si permanecéis en Cristo, daréis mucho fruto.

Y vuestro fruto permanezca

Hoy, que celebramos los 25 años de la Apertura del Seminario, esta palabra de “**permanecer en mi amor**” viene refrendada por los abundantes frutos con que el Señor ha bendecido a esta Comunidad de formación, en beneficio de toda la Diócesis.

Por eso, en esta etapa formativa no podemos olvidar que el papel de los Formadores es decisivo: la calidad del Presbiterio en una Iglesia particular depende en buena parte de la del Seminario y, por tanto, de la calidad humana y espiritual de los responsables de la formación.

Hoy, que además de los 25 años celebramos también la fiesta de la **Virgen del Rosario**, pienso que no debemos olvidarnos de que es fundamental acudir a “**la escuela de María**”, como nos exhortaba Juan Pablo II. Inspirarnos en sus enseñanzas, procurando “**acoger y guardar dentro del corazón**” (cf. Lc 2, 51) las luces que Ella nos envía amorosamente desde su Corazón de Madre.

La Virgen Santísima es para nosotros escuela de fe destinada a conducirnos y a fortalecernos en el camino de seguimiento de su Hijo. Nos ayudará en nuestro tiempo de “**vida oculta de Nazaret**” que –como decíamos- es tantas veces una dimensión necesaria en este tramo del camino. Y sobre todo, Ella nos alentará a meditar y a beber del misterio del amor de Dios derramado en Cristo, como lo hizo con los Apóstoles en el Cenáculo (Cf. Hech 1,14).

Que la “**escuela del Rosario**”, de la mano María, nos introduzca en ese conocimiento que brota transparente de la fuente límpida del texto evangélico.

A la oración de la Virgen encomendamos, por tanto, a los seminaristas: que sean fieles a la llamada. Y a los Formadores y Profesores: para que desempeñen lo mejor posible la tarea tan importante que se les ha confiado.

Santa María del Rosario, ¡juega por nosotros!. Así sea.

+ **José Mazuelos Pérez**
Obispo de Asidonia-Jerez